

CAPITULO VII.

Moral social ó deberes del hombre hácia sus semejantes.

El hombre no vive aislado, sino que ocupa un lugar determinado en el sistema general. El estado social establece entre él y sus semejantes ciertas relaciones que debe apreciar por medio del sentido moral de que está dotado. Constituyendo parte de la sociedad humana, siendo miembro de la humanidad, de la nacion y de la familia, tiene obligaciones que cumplir, cuyo conocimiento constituye la moral social. Señalaremos compendiosamente estos deberes en el orden generativo correspondiente.

La humanidad es una familia inmensa en la que todos los hombres son hermanos; las dependencias relativas que de esta situacion proceden forman la base de los deberes del hombre hácia la humanidad.

Homo sum nihil humani á me alienum puto.

Nada es indiferente en el orden general de las inteligencias, y la humanidad obra sobre el hombre como el hombre sobre la humanidad. La condicion de la humanidad importa á todos los individuos que la componen, y la condicion moral del individuo¹

¹ Reflexionemos en la espantosa comunicacion de crímenes que

no es indiferente al conjunto de la familia humana; por consiguiente debemos arreglar nuestros pensamientos y nuestra conducta de la manera mas propia á hacerlos cooperar al bien general de la humanidad. Para construir nuestra moralidad sobre una base tan sólida, debemos primeramente considerar la humanidad con referencia á Dios, manantial de toda verdad, pues el bien de la humanidad solo se funda en seguir la senda que Dios le ha asignado.

El primer deber del hombre hácia la humanidad es el amor ó mas bien la caridad cristiana, que siendo el principal de todos y el origen de los demas, se coloca en primera línea. En efecto, la caridad ilumina la inteligencia al mismo tiempo que inflama el corazon, dando á la vez como el fuego luz y calor. Si esta virtud divina falta al corazon, el alma del hombre nada ve con claridad en las cosas de la vida, y los hombres, en vez de amarse como hermanos, se despedazarán como enemigos. La caridad exige de nosotros que segun nuestras fuerzas trabajemos en provecho de nuestros semejantes; y como la conducta de los hombres depende de sus ideas del bien y del mal, de la vocacion del genero humano, y de la del hombre en particular, y como

existe entre los hombres: complicidad, consejo, ejemplo, aprobacion; palabras terribles que sin cesar deberiamos meditar. Qué hombre sensato podrá pensar sin estremecerse en la accion desordenada que de un modo mas ó menos esplicito y aparente ha ejercido sobre sus semejantes, y en las posibles consecuencias de esta funesta influencia. Rara vez el autor de un delito es el solo culpable, rara vez un crimen deja de producir otro. ¿Donde están los límites de la responsabilidad?

JOSÉ DE MAISTRE.

de su conducta procede su dicha ó desdicha, su dignidad ó abatimiento, debemos dar á nuestros semejantes el ejemplo de nuestras buenas obras y la predicacion de máximas saludables. Tal es el origen de aquel heroismo sublime, de aquella sublime abnegacion que á través de tantos riesgos y tantas comarcas salvages ha conducido los generosos apóstoles de la palabra evangélica. Tal es el origen del heroismo sublime que indujo á innumerables mártires á sellar con su sangre la palabra de Jesucristo. Tal es el origen de tantos santos misioneros que han abandonado casa, familia y todos los placeres humanos, para ir á sembrar la palabra de Dios y dar la felicidad á tierras lejanas, en que las mas veces morian de cansancio ó espiraban entre tormentos. La caridad no permite que la verdad quede esteril en el corazon del hombre, é inspira un ardor irresistible que hace callar la voz de la prudencia humana. Todas las nobles almas que han proclamado verdades santas sabian muy bien que hacian sacrificio de su reposo y tal vez de su vida; pero el imperio de la verdad, fortificado por el amor del prójimo, los impelia á proclamar lo que la voz de Dios les habia revelado. Aquel que se atrevió á decir que si tuviese la mano llena de verdades se guardaria bien de abrirla, no tenia nada en la mano, y sí un vil egoismo en el corazon, pues la verdad no penetra en almas tan bajas, y pasa por el corazon antes de llegar á la inteligencia ¹.

¹ Hay verdades que el hombre puede comprender solamente con su corazon, (*Mente cordis sui* Luc, I, 51). En mas de una ocasion sugetos

En sus aplicaciones particulares, la caridad conduce al hombre á todas las virtudes cuya práctica mejora la condicion social, y hace mas dulce y facil la tarea de los que mandan y de los que obedecen: de ella dimanan la indulgencia por las faltas ajenas, la beneficencia que alivia el infortunio y enjuga los ojos del desgraciado, la tolerancia por las opiniones, y sobre todo el respeto por la dignidad del hombre que ennoblece su origen divino.

En el orden general de la humanidad, la caridad que el Evangelio ha proclamado como la ley del alma, ha producido el espíritu cosmopolita que somete los intereses particulares de los pueblos á los intereses mas elevados de la humanidad. Las barreras que aun en el dia separan á las naciones comienzan á borrarse; los odios que las dividian se calman cada dia mas, y el filósofo puede con razon, á vista de esta tendencia general, entrever el porvenir de gloria y felicidad en que las individualidades nacionales se confundirán en la unidad del género humano.

Espuestos los deberes del hombre hácia la humanidad, examinemos sus deberes con respecto al estado.

El estado se compone de la nacion, de la ciudad y de la familia. La nacion hace parte de la humani-

honrados han vacilado en sus creencias, viendo que personas que reputaban llenas de luces se negaban á creer lo que les parecia incontestable, lo cual es una ilusion y solo indica que las tales personas carecian de un sentido interior, y nada mas. Cuando el hombre de mas talento carece de sentido religioso, no solo no se puede convencerle sino que no hay medio de entenderse con él. — JOSÉ DE MAISTRE.

dad, la ciudad está comprendida en el estado, la familia en la ciudad y el hombre en la familia. La humanidad debe anteponerse á la nacion, la nacion á la ciudad, la ciudad á la familia, la familia al individuo¹. La línea de los deberes, trazada de esta manera, describe una suerte de espiral, cuyo punto de partida está en el infinito y el término en la conciencia humana. « Cada uno procura por sí, dice Pascal, y esto es contrario al orden, pues se debe procurar el bien general, siendo el cuidado de sí mismo la causa de todo desorden en la guerra, política, economía, etc. » Si los miembros de comunidades civiles y naturales tienden al bien del cuerpo, las mismas comunidades deben tender á otro cuerpo mas general. Todo aquel que no aborrece en sí mismo ese amor propio y ese instinto que le impele á querer levantarse sobre todo el mundo, es bien ciego, pues, nada hay mas opuesto al espíritu de la justicia y de la verdad. Y esto que aseguramos de los individuos, lo aseguramos tambien de las naciones, que son individuos con referencia á la humanidad. Las naciones verdaderamente dignas de este nombre tienen una vocacion particular que el instinto de su genio les revela. Los hombres destina-

¹ La preferencia del interés general al personal es la sola definicion que corresponda y fije la idea de la virtud. Al contrario el sacrificio mercenario del bien público al interés propio es el eterno sello del vicio. — VAUVENARGUES.

Si supiese que alguna cosa me era util y perjudicial á mi familia, procuraria arrojarla de mi entendimiento. Si supiese que alguna cosa util á mi familia, era perjudicial á mi patria, procuraria olvidarla. Si supiese alguna cosa util á mi familia era perjudicial á la Europa y al género humano, la consideraria como un crimen. — MONTESQUIEU.

dos á dirigir la marcha de las naciones deben conducir las en el sentido de su vocacion, y no pueden apartarse sin delito flagrante de impiedad, pues la vocacion de las naciones no procede de ellas mismas, sino de Dios. Una nacion no debe gobernarse solamente en atencion á sí misma, sino con la mira de la humanidad, ó mas bien de Dios, autor soberano de todo lo criado.

Los deberes generales del hombre hácia la comunidad nacional de que forma parte deberán ser determinados por el papel que esta misma nacion debe representar en la historia de la humanidad. Pero al lado de las naciones reales hay naciones artificiales que viven de una vida falsa y usurpada, las cuales no están destinadas á vivir como naciones, y la vida les falta como á los ancianos. Los miembros de tales comunidades, en lugar de esforzarse en conservar individualidades sin fuerza y sin dignidad, deben pensar en fijarlas en su verdadero centro de vida, y el patriotismo en ellos es una virtud falsa y mezquina que debe combatir y vencer el interés de la humanidad.

Todo lo precedente indica los deberes generales de los miembros de las comunidades nacionales en referencia recíproca; quedanos por examinar las obligaciones que deben tributar á la misma comunidad de que dependen, ó en otros términos á las leyes que le gobiernan. Las leyes son la vida de las naciones cuando espresan las relaciones necesarias que resultan de la naturaleza de las cosas. Si las leyes fuesen siempre una espresion fiel, no tienen duda que serian constantemente obligatorias; pero

siendo fabricadas por la mano del hombre llevan á veces el sello de sus pasiones ó ignorancia. Hay leyes injustas evidentemente : ¿estas leyes son obligatorias? y si se admite que no lo sean, cuando y como se puede cesar de obedecerlas? Estas cuestiones son espinosas, y muy arriesgado seria resolviéndolos en una fórmula general, dar incremento al despotismo ó anarquía : son casos de conciencia política que deben decidirse en presencia de los hechos y bajo la inspiracion de la conciencia. La conciencia nos manda inmolar nuestro propio interés al sacrificio del bien general : si por consiguiente la sumision á la injusticia redunda en bien general debemos someternos á la injusticia; mas si cediendo nuestros derechos debemos comprometer los agenos y fomentar la injusticia y el desorden podemos y debemos resistir á pesar de los riesgos y peligros. La obediencia pasiva, mandada de un modo absoluto, es una doctrina degradante é impía, y la resistencia activa es una ocasion de orgullo y de desorden; de orgullo porque supone la infalibilidad de nuestra razon y el poder excesivo de nuestros derechos ó de lo que juzgamos tal; de desorden, porque la resistencia arbitraria es origen fecundo de discordias y desequilibrio. Por consiguiente no se debe ni obedecer ni resistir absolutamente, sino someterse, en general cuando nuestra obediencia no puede perjudicar á la sociedad : y, si despues de haber agotado cuantos recursos y medios nos suministra la legislacion del pais no podemos hacer triunfar nuestros derechos, debemos aguardar la violencia, en lugar de tener la iniciativa. La obe-

diencia activa, esto es, la obediencia inteligente y voluntaria, y la resistencia pasiva, esto es, negarse á obrar fundado en legítimo derecho, son las dos solas reglas de conducta que se pueden proponer ; ambas concilian la dignidad humana con el orden que es necesario al progreso y bien estar de la humanidad.

CAPITULO VIII.

Moral religiosa. Pruebas de la existencia de Dios.

La existencia del ser supremo ó del autor universal de todo lo criado, reposa en una multitud de pruebas que pueden clasificarse bajo tres aspectos diferentes, y que se dividen de la manera siguiente : pruebas metafísicas, pruebas físicas, y pruebas morales.

PRUEBAS METAFÍSICAS.

Idea de la causa absoluta sugerida por la razon.

De la causa de la conciencia y existencia individual, causa contingente y finita, pasamos, en virtud y por la fuerza de nuestra razon, á la idea de causa absoluta y de causa necesaria.

La causa necesaria no está contenida en la contingente; no la deducimos por via de deduccion, pues la deduccion solo puede sacar de un juicio lo que

en él está contenido, y lo finito no puede contener lo infinito; no puede ser por induccion porque los datos de está son variables y contingentes, y la idea de Dios es necesaria y absoluta.

Dado el ser contingente concebimos forzosamente el ser necesario, de la misma manera que dados la duracion y la estension necesariamente concebimos el tiempo y el espacio.

Absurdo seria suponer la contingencia de todos los seres, pues esta hipótesis esplica contradiccion, y decir que todo lo que existe es contingente seria afirmar y negar á la vez la existencia, pues si se niega la existencia de un ser necesario y existente por sí mismo, se debe admitir que todos los seres existentes son contingentes ó no existentes por su naturaleza; y en este caso la existencia no hubieran podido recibirla de otro ser, pues no hay ser alguno fuera de la coleccion de los seres, y por consiguien- te su existencia no dependeria de un principio interno ni de una causa esterna, y de este modo su existencia no reconoceria causa ni razon alguna. Luego ó débese negar la existencia de ser alguno, ó confesar que hay algun ser existente por su propia naturaleza.

Tampoco podemos razonablemente admitir que todos los seres son necesarios, pues nuestra razon nos persuade que nuestra existencia y la de los seres que nos rodean es contingente y de ninguna manera necesaria.

Por consiguiente es absolutamente necesario admitir una causa superior existente por sí misma, y

en la que resida la causa primera de todos los seres contingentes.

La razon, la conciencia y la vista del universo nos demuestran la existencia de una causa absoluta, necesaria y universal, existente por sí misma, y lo absurdo de las hipótesis contrarias arraiga y consolida esta nocion.

Hay mas:

La nocion que tenemos de lo infinito, de lo absoluto, prueba invenciblemente la existencia de un ser infinito, necesario y absoluto; pues de otro modo ¿como tendria nuestra inteligencia la idea de esta nocion?

La idea que todos los hombres y todas las naciones tienen de la existencia de Dios es la prueba mas irreplicable de su existencia; pues si lo infinito no existiese y que solo lo fuese efecto de nuestra inteligencia, seria producto de esta, y en este caso podria decirse que lo infinito es producto del finito, lo absoluto de lo relativo, lo necesario de lo contingente.

Examinemos ahora las pruebas físicas:

Dios, en el orden físico, es el criador de la materia, el primer motor y el ordenador del movimiento; de lo cual se deducen tres argumentos fundados en la existencia de la materia, el movimiento de la materia, y la regularidad de este mismo movimiento.

1º La materia existe, y su existencia dimana ó de su propia naturaleza, ó de su propia voluntad, ó de la voluntad de otro ser.

La materia no existe por su propia naturaleza,

pues no es necesaria, y ademas podemos destruirla por el pensamiento; tan variable y contingente es todo lo que en ella observamos. Tampoco existe por su propia voluntad, pues para querer es preciso existir.

Luego la materia tiene un criador.

2° El movimiento existe, y es esencial á la materia ó deriva de otro principio.

Esencial á la materia no lo es de ninguna manera, pues podemos figurárnosla en reposo, y la física demuestra que hay en todos los cuerpos una fuerza de inercia ó indiferencia al reposo ó movimiento; de manera que un cuerpo en estado de reposo no sale de él hasta que una causa conocida bajo el nombre de fuerza le comunica movimiento, y un cuerpo en movimiento en él permanece hasta que otra causa ó fuerza la destruya. Si el movimiento fuese esencial á la materia existiría en ella necesariamente, seria invariable en su direccion y velocidad, y no seria posible cambiar su direccion, acelerarlo, retardarlo, ó completamente destruirlo, lo cual sin embargo la esperiencia muestra cada dia.

Por consiguiente el movimiento tiene un primer autor; su principio reside en una voluntad libre y omnipotente: luego Dios existe.

5° Entre todas las partes de este vasto universo hay un orden y una armonía que no podemos menos de admirar: el curso regular de los astros, la vuelta sucesiva de las estaciones, la vegetacion de las plantas, la continua reproduccion de las diferentes especies de seres animados que pueblan la tierra; la multiplicidad, la inmensa variedad de las

relaciones constantes y determinadas que entre todas cosas apercibimos, todo, en la obra maravillosa del mundo, demuestra un artífice supremo, pues en donde el orden reside, hay una inteligencia que lo produce, y la inteligencia no puede admitir fenómenos regulares y medios propios y adecuados para llegar á un fin, sin admitir igualmente en virtud del principio de causalidad una inteligencia que ha marcado este fin y escogido estos medios.

Hay pues una inteligencia suprema que combina todas las partes y todos los resortes de la máquina del universo: luego Dios existe.

PRUEBAS MORALES.

Los argumentos morales se deducen:

1° De la necesidad y de la inclinacion irresistible que sentimos á invocar en la desgracia y á llamar á nuestro socorro un ser bueno, justo y omnipotente, árbitro soberano de todo lo criado, capaz de preservarnos de las desgracias que nos amenazan, ó de darnos la fuerza de sobrellevarlas; de aquella inclinacion irresistible que nos hace levantar los ojos al cielo; de la voz de la conciencia, que nos manda dar gracias á Dios siempre que nuestros deseos se cumplen y que se realizan nuestras esperanzas.

2° Del consentimiento unánime de los pueblos.

En efecto, de las tradiciones, los anales y los monumentos de todos los siglos y de todos los paises, consta que en todas partes y en todos tiempos los hombres han creído á la existencia de Dios, cuyo

nombre existe en todas las lenguas, y no hay país alguno que deje de tener culto y ceremonias religiosas. « *Nulla est gens, dice Ciceron, tam imman-sueta, tam fera, quæ etsi ignores qualem Deum habere debeat, tamen habendum non sciat.* »

Los pueblos que han perdido esta creencia han cesado de existir; estas abominables naciones han sido borradas dellibro de la vida, y la misma tierra no ha conservado la traza de su poder.

Si todos los hombres han creído en la existencia de Dios es porque en todas partes las mismas luces han producido las mismas opiniones.

De lo espuesto resulta que el ateísmo, no solamente es la mas fétida moralidad y la impiedad mas abominable, sino la necedad mas absurda, y no hay asco ni compasion suficiente para aquellos que proclaman semejantes doctrinas como el esfuerzo supremo de la inteligencia humana.

Muchas veces se ha preguntado si hay realmente ateos sinceros: nosotros pensamos que nunca ó rara vez se puede llegar al ateísmo por el abuso de lógica, y casi siempre la perversidad de corazón hace adoptar opinion tan abominable. Los ateos observan una conducta enteramente de acuerdo con sus principios; como no reconocen á Dios, y por consiguiente justicia, derecho, ley, inmortalidad de alma, vida futura, conciencia, en una palabra principio alguno moral, se sirven de todo indiferentemente para llegar á los fines de la codicia, orgullo, sensualidad y egoísmo, burlándose y atropellando los juramentos, pudor público, fidelidad á los prin-

cipios, y los ejemplos que dan se esparcen al rededor como un contagio funesto; todo pierde su naturaleza bajo su perversa y purulenta influencia, las palabras pierden su sentido legítimo, la confusión se introduce en las ideas y pasa en los actos, la ley desciende de su trono para hacer lugar á la violencia, y las sociedades, bajo una falaz corteza de civilización, recelan en sus entrañas un germen de muerte y una barbarie real, primer síntoma de la destrucción que las amenaza. Tal era la sociedad romana bajo los emperadores, y la humanidad hubiera quedado embrutecida y aniquilada, si la fuerza material de los bárbaros y la palabra santa del cristianismo no hubiesen vuelto el alma y la sangre á ese imperio, cadaver estenuado por el ateísmo. Cuando la humanidad cree escapar á Dios, y que se rie de sus lazos que cree haber roto, Dios sabe llamarla á sí y disipar la infernal embriaguez del orgullo y la inmunda lepra de la sensualidad.

Todas las pruebas de la existencia de Dios sacan su fuerza de la idea de sustancia y causa infinita. Si nuestra inteligencia no concibiese lo infinito, la vista y el orden del universo, el movimiento de los cuerpos, los presentimientos y esperanzas de nuestra alma, y el consentimiento unánime de todos los pueblos, no serian mas que inducciones poderosas que vincularian nuestra alma y el universo á una causa superior; pero esta causa no tendria el carácter de necesidad absoluta que deriva de la noción de lo infinito, noción sublime que reúne el hombre y la naturaleza bajo la mano de un Ser Supremo, y que arroja tan maravillosa claridad sobre las rela-

ciones que unen al hombre y á la naturaleza con el Criador.

CAPITULO IX.

De los principales atributos de Dios; de la divina providencia y del plan del universo.

La esencia de Dios es la causa infinita; todos sus atributos dimanen de su esencia.

Hemos visto que de lo finito la razon comprende la existencia de lo infinito, no como una consecuencia sino como intuicion inmediata. La inteligencia en posesion de esta nocion deduce todo lo que en ella está contenido por via de deducción rigurosa. No hay necesidad de decir que la causa infinita es única, siendo contradictorias lo infinito y la pluralidad.

Dada la causa infinita, la inteligencia descubre en la comprension de esta idea todos los atributos de la causa suprema.

Todos los atributos de Dios tendrán pues lo infinito de su esencia, pues nada puede limitarlos; basta que la causa infinita nos aparezca poderosa é inteligente para afirmar que su poder é inteligencia no tienen límites.

La causa primera, como causa primera es poderosa; luego es todopoderosa. Es al mismo tiempo inteligente, porque el ejercicio de su poder supone la voluntad de producir; luego su inteligencia es

infinita. Como causa primera es igualmente libre, y por consiguiente su libertad es infinita.

Una causa infinitamente inteligente no puede ser limitada por el espacio ni por el tiempo; luego se estiende á la inmensidad y á la eternidad; luego conoce todo lo que fué, todo lo que es, todo lo que será; luego ve simultáneamente el tiempo pasado, presente y futuro; luego tiene una ciencia y una presciencia infinita.

A este lugar pertenece la importante cuestion de la presciencia divina con respecto á la libertad humana; ¿ estos dos hechos se pueden conciliar ó debense admitir sin conciliarlos?

Los ateos y fatalistas se sacan fácilmente, á lo menos en apariencia, de esta dificultad: los unos, negando á Dios, se libran de su presciencia, desapareciendo lo accesorio con lo principal. Los fatalistas, sacrificando la libertad humana, no se inquietan de la presciencia divina. Débese advertir que estos dos sistemas tienen recíprocamente mucha analogia, pues si Dios no existe, esto es, si no hay ni ley ni verdad, el pensamiento humano es esclavo de los sentidos, y con el vínculo que á Dios la une, pierde la libertad que la naturaleza le somete; y si la libertad no existe, á pesar del testimonio de la conciencia, el hombre es juguete de una fuerza irresistible ó á lo menos de una inteligencia falaz, lo que es contradictorio, con la idea de causa infinita. Así, los unos niegan la libertad creyendo que solamente niegan á Dios, y los otros niegan á Dios implícitamente creyendo negar solamente la libertad. El ateismo arrastra consigo el fatalismo como el fata-

lismo es ateísmo. Pero dejemos doctrinas tan absurdas como impías.

Los teólogos admiten absolutamente la presciencia y la libertad que concilian por medio de las siguientes consideraciones : Dios es infinito en el tiempo ; luego no es sucesiva su existencia, sino simultánea ; luego no puede decirse que prevee sino que ve ; y si ve nuestros actos es porque los hacemos, y no lo hacemos porque lo ve ; pues, ver es presenciar y no causar una acción ; luego la presciencia de Dios no causa menoscabo alguno á la libertad humana.

Ademas queda completamente demostrado por un lado, por la idea de Dios, que la presciencia es uno de sus atributos, y por otro, por la conciencia, que la libertad es un privilegio del alma humana. Deben por consiguiente admitir esta doble verdad, y tenerla por cierta, aun cuando la flaqueza de su razon no les permita ver su coordinacion, y este es el partido mas ventajoso.

La religion nos revela y la alta filosofia demuestra que el hombre, por su rebelion y caida del estado armónico y feliz en que habia sido criado, solo es capaz de producir el mal, y que solo puede elevarse al bien mediante la eficacia de la gracia. Mas esta verdad no escluye la libertad humana, si bien esta es nula sin la eficacia de la gracia. La voz de Dios se hace sentir en lo mas íntimo de nuestro corazon y responde á una oracion ferviente y estática. El hombre recibe de Dios impulsos que lo dirigen en la vida, y la humanidad marcha bajo el

ojo de la Providencia en sendas que imperfectamente conoce, y hácia un fin que solo conocerá cuando llegue.

Los individuos como las naciones pueden faltar á su vocacion sin que por eso los instrumentos falten al cumplimiento de la obra de la Providencia ; poco importa á esta obra que tal obrero rehuse cumplir su tarea, y que tal nacion se niegue á verificar lo que Dios le asigna. El cetro pasa de Israel á Judá, de Persia á Macedonia, de la Grecia á la Italia ; la obra de la Providencia continua, y cuando todo será fenecido cada uno recibirá el precio de su trabajo ó el castigo de su desobediencia. Como débiles mortales no podemos comprender cual es el plan de la Providencia ; pero podemos comprender que ha podido en su sabiduría crear una fuerza inteligente á imagen suya, y dejarle una esfera de actividad cuyos límites habrá marcado. Ha trazado á la humanidad un cuadro de que no sale, asignándole una tarea general que sin conocer cumple, y á la que trabaja con la suma de la libertad conveniente á su moralidad y dignidad. La humanidad es consiguientemente causa é instrumento al mismo tiempo ; lo que como instrumento hace no le pertenece, lo que hace como causa le será imputada. Ademas de su movimiento propio tiene otro movimiento que á su pesar la conduce y que no puede dominar ; al hombre y á la humanidad les basta saber que en el círculo que les ha sido trazado, ó en otros términos, en la suma de la libertad que les toca, deben obedecer la ley de Dios, que ademas de hablarnos por su palabra en el Evangelio, nos habla en lo mas

íntimo de nuestro corazón y por la voz de nuestra conciencia.

CAPITULO X.

Fin del hombre. Pruebas de la inmortalidad del alma.

Todos los seres, desde el momento que existen en un sistema ordenado por una inteligencia suprema, tienen un objeto ó fin. El fin del hombre se deduce de su naturaleza, pues siendo el hombre una fuerza libre é inteligente, conoce el bien por su inteligencia y puede ejecutarlo por su libertad; y por consiguiente el fin del hombre es la observación de la ley moral.

El hombre tiene una tendencia doble, la de la pasión que le es fatal, y la de la inteligencia que es libre. Por la pasión el hombre persigue invenciblemente la felicidad; por la inteligencia, ó por las ideas, el hombre persigue la felicidad en tal ó tal senda, según la idea que del bien ó del mal se ha formado: la lucha de estas dos tendencias constituye el combate en el cual triunfa ó sucumbe la libertad humana.

Si el hombre obedeciese ciegamente al instinto de la pasión, cesaría de ser libre, y si la pasión no pudiese en movimiento sus facultades cesaría de ser activo. La inteligencia debe dirigir, y en efecto dirige el movimiento de la pasión; la fuerza simpática del alma se inclina hácia tal ó cual objeto, según

el impulso que recibe de la fuerza inteligente. Por consiguiente, si colocamos la idea del bien en los placeres de los sentidos, todas las afecciones del alma se inclinarán hácia ese lado; si al contrario colocamos la idea del bien en el cumplimiento del deber, la inteligencia dirigirá en ese sentido todas las afecciones del alma.

La ley moral consiste en el sacrificio del hombre á Dios; colocando la regla del deber en la razón y no en la pasión ó el interés. Dios nos ha establecido en un terreno sólido; pues si hubieramos de seguir la pasión, nos veríamos arrastrado en mil direcciones diversas, sin que nos fuera lícito combatir á la pasión que nos conduciría; y si el interés debiese ser la ley de nuestras acciones, no podríamos tomar determinación alguna sino después de largos cálculos cuyos resultados serían las más veces engañosos, pues circunstancias imprevistas derroterían las más verosímiles combinaciones. El deber, al contrario, se muestra claramente á la razón; y cuando se consulta á la conciencia después de haber hecho callar el grito de las pasiones y del interés, la voz íntima de la conciencia habla sin oscuridad, y la observancia de sus consejos nunca trae consigo los remordimientos é inquietud que consigo traen las acciones que desaprueban.

La felicidad es la recompensa del cumplimiento de la ley, pues es según el orden que toda fuerza que obra según su naturaleza sea dichosa. Mas el alma no debe tender directamente á la felicidad, sino amar el bien por el amor del bien, y no con la mira directa de la dicha que promete; lo cual es tan